

Siempre que le encontraba en la esquina del café de Fornos, recostado contra la pared, con las manos en los bolsillos, el cigarro entre los dientes y los lentes sobre la nariz, donde representan, mejor que un auxilio para la vista, el último y definitivo toque de su perfil irónico y audaz, siempre que tales encuentros se verificaban, sentíame ganoso de decirle: — Buenas tardes, amigo mío. — Me atraía la originalidad de su aspecto, originalidad que sólo admite comparación con la de sus trajes. Yo creo — perdóneme Bonafoux si me equivoco — que las telas de sus vestidos se tejen ex-profeso para él. Dígalo si no el famoso gabán de cuadros, que convierte á su dueño, cuando éste lo usa, en un tablero de ajedrez. En un tablero de ajedrez, no me vuelvo atrás; sólo que en ese tablero no se combina más que una jugada: el *jaque-mate*.

Me dió noticias suyas por vez primera uno de tantos, ó de tontos, como andan por ahí, creyéndose literatos porque suelen escribir algunas cartas (no todas) sin cometer faltas de ortografía, porque han hecho cuatro versos á los ojos de..... á la boca de..... y á otras varias cosas de..... y porque dedicaron cincuenta duros á imprimir un libro que nadie lee, afortunadamente para su

autor. «Ese es Luis Bonafoux — me dijo aquel literato *in partibus stultorum*, — un criollo que tiene muy mala lengua, muy mala fama, muy mala vida, mucho descaro y poco dinero. Ha publicado dos *folletos*, verdadera colección de insultes contra notabilísimos escritores de las Antillas, y es director de un *periódico* negrero. Aconsejo á V. que no cultive su amistad; resulta perniciosa. En uno de sus *libelos* se ocupa de mí.»

— ¡Ah! — dije yo, y añadí para mis adentros: — Cuando tú le censuras, debe ser el criollo excelente persona.

Los dos simpatizábamos (lo que á mi simpatía se refiere ya lo dije antes; lo que á la suya toca, lo sé por él mismo), y sin embargo, retrasábamos el comienzo de nuestra amistad. ¿Por qué? La razón es obvia. Generalmente, amigo nuevo vale tanto como desengaño nuevo, y los desengaños abundan mucho en esta alegre vida humana para que uno los busque.

Por fin, cierta noche nos encontramos reunidos Bonafoux y yo en la mesa de un café; hablamos media hora, y creo que sobraron veinticinco minutos de conversación. Desde entonces nos vemos todos los días, nos comunicamos nuestros pensamientos, nuestras esperanzas, nuestras

decepciones; y como las últimas frecuentan mucho nuestro trato, las saludamos con íntima confianza, y sus visitas han llegado á sernos indiferentes. Apenas si volvemos la cabeza para mirarlas; cuando vienen, yo me encojo de hombros y Bonafoux se echa á reír.

A los ojos de esas personas que circulan por calles y plazas pregonando á voz en cuello su honradez como si anduvieran necesitados de ca-carearla, es Bonafoux una mala persona, un temperamento agresivo, hiriente, rencoroso, tan pronto al odio como refractario al perdón, é inabordable al olvido; según ellos, hace de toda reputación blanco, ó, mejor dicho, negro de sus crueles y despiadados chistes, y burlándose de todo, no cree en nada, ni en el amor, ni en la amistad, ni en la honradez, ni en la justicia, ni en el talento.

A decir verdad, en presencia de aquella fisonomía angulosa, de aquellos labios finos por donde salen las palabras, no tan pronunciadas como mordidas, y los períodos relampagueantes, cortados, llenos de incisivos incisivos y de reticencias sarcásticas que terminan siempre por una carcajada semejante á un latigazo, siéntese uno dispuesto á creer cuanto malo se dice de Bona-

foux; pero yo, su amigo, su verdadero amigo, puedo asegurar que se equivocan muy mucho los que le juzgan de ese modo. Bonafoux ha luchado, ha sufrido, ha visto el mundo de cerca; examinando á los hombres, ha podido juzgarles tal y como ellos son, y viendo que sus esperanzas, sus ilusiones, su corazón y su pensamiento, de puro buenos, no se ajustan al patrón general, no quiere llorar y ha tomado el partido de reír. Hace bien.

Sin embargo, si la discreción no me lo vedara, pudiera yo referir á cuantos de Bonafoux se ocupan para denostarle, algunos hechos de su vida que serían suficientes á probar lo exquisito de su alma y lo noble de su conducta, y á quienes le motejan de escéptico contárale yo todas las peripecias de un idilio que ellos no son capaces de sentir, un idilio repleto de luz, de poesía en otras épocas, cubierto hoy de sombras oscuras, entre las cuales aparece aún una cabecita rubia llena de palideces, y una historia de suspiros, de lágrimas y de amarguras sin cuento.....

Y ahora, confesémoslo: Bonafoux odia terriblemente dos cosas: los perros y la musa puertorriqueña; pero su odio es justo: un perro le mordió hace tres años una pantorrilla y le hizo andar

cojeando mes y medio. En Puerto Rico le ocurrió algo peor: toda una conspiración de malos poetas (furiosos porque Bonafoux dijo que no escribían bien), con ítem más una falange inmensa de tíos, sobrinos, criados y demás contingentes de aquella *ripiada*, se le vino encima. En tal hecatombe tuvo su germen el cuadro de Checa: quisieron matar á Bonafoux — que estaba solo — le arrojaron piedras, le dirígieron terribles amenazas..... ¿Han leído VV. el último viaje del capitán Cok? Pues algo por el estilo fué lo de Puerto Rico. Bonafoux, más afortunado que el famoso navegante inglés, consiguió salvarse. ¡Dios sobre todo! Hasta sobre los ímpetus puertorriqueños.

Hoy vive en Madrid, escribe libros, combina proyectos para lo porvenir, se pasa las horas muertas en la esquina de Fornos, luciendo sus americanas geométricas y sus sombreros algebraicos, me acompaña de vez en cuando á tomar una copa de cognac, se burla de los tontos que le saludan, lo cual quiere decir que pasa casi todo el día burlándose; sufre mis genialidades, mis confidencias, mis *splines*, yo sufro los suyos, y es más, le tolero algunos chistes que dedica á mis idealismos quijotescos—como él dice en son de

burla—sin acordarse de que ha sido tan Quijote como yo.

Una advertencia para concluir: Si alguno de ustedes, lector ó lectora, hace versos malos y los colecciona y los imprime y los tira, vamos al decir, los publica, tenga buen cuidado de que no lo sepa Bonafoux, y, sobre todo, no se le ocurra dedicarle un ejemplar, porque no le libra á V. de un estacazo á pluma ni la bula de Meco.

Ni siquiera le quedaba á V. el recurso de que yo interviniera en su favor, porque mi amistad, con alcanzar mucho, no alcanza tanto.





LA NIÑA DORMIDA.

ÉRAMOS varios los amigos que solíamos juntarnos todas las noches en el café Z..... alrededor de una mesa de mármol blanco cruzada á trechos por ásperas vetas de color negruzco, cu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

bierta de tazas, de copas, de platillos de azúcar, de botellas vacías y de cucharillas sin barniz. Allí, entre el humo de los cigarros, el rumor de las voces y los desacordados acordes de un piano, derrochábamos alegremente el ingenio y la vida, y diálogos picantes, discusiones vehementes, carcajadas burlonas, reproches amargos, cruzábanse á intervalos de un extremo á otro de la mesa, rápidos, batalladores, verdadero fuego de guerrillas, vivo, intermitente é irregular.

Cerca de nosotros tomaban asiento Paca y Rosa, una madre y una hija, sufriendo impasibles las investigaciones curiosas y lúbricas de los concurrentes al café; la madre, con el descaro cínico del vicio; la hija, con la tranquilidad perezosa de la inocencia; la primera, ufana, locuaz, usando de la sonrisa como de un recurso hábil para lucir su blanca dentadura y atraer sobre ella la atención principal; embaucando á sus licitadores, ocultándoles diestramente los pliegues de sus párpados fatigados en el transcurso de vigiliass impuras y las palideces de su rostro bien hecho, pero un sí es no es gastado por estrujamientos lascivos. La segunda (Rosa) dormía, por lo común, sobre el diván de terciopelo rojo, con la cabeza, su pobre cabecita de niña, enferma, linfática y débil, recos-

tada sobre sus hombros raquíuticos, y las manos, pequeñas y mates, caídas perezosamente sobre el asiento.

Miraba yo, siempre con doloroso interés, aquellos ojos entornados, cubiertos por largas pestañas que ofrecían sombras oscuras á las azuladas ojeras, aquellos labios descoloridos, aquel indeciso crepúsculo de juventud y de miseria, aquel bosquejo de mujer mal delinea'lo, confuso, por cuyo interior circulaba, con lentitud de agonizante y sacudimientos de histérica, una sangre podrida, única herencia que le brindaba el pasado, y un fluido nervioso y ardiente, única esperanza que le ofrecía el porvenir.

¿Qué edad tendría la muchacha? De primer intento, diez años; examinada con atención, catorce. Organismo enfermizo, vegetaba silenciosamente sin dar muestras visibles de su progreso. El cambio fisiológico que en ella se operara vendría por asalto, merced á uno de esos avances brutales de la Naturaleza, que matan ó que resucitan, sin paliativos, sin gradaciones, como una sacudida eléctrica. Y esta explosión indudable de aquella estructura material era lógica en la pobre niña, armonizaba con las modificaciones de su estructura moral que también surgirían de pronto,

semejantes á la ruptura violenta de un vaso sanguíneo.

Acostarse virgen y amanecer prostituta: tal debía ser la historia de Rosa.

Y para comprender esto bastaba examinar á la madre, á aquella mujer que ganaba su vida á cambio de su carne, que rodaba hacia quince años de lodazal en lodazal, cansada, inerte por dentro, lasciva por fuera, ofreciendo su cuerpo á las avaricias del amo de una hora, con la sonrisa falsa é irónica con que ofrece manjares al comprador hambriento el fondista harto. Mujer perdida, arrojada de un golpe al centro de los vicios, no sabía ser otra cosa que la hembra de todos, y al contemplar, durante sus horas de calma, las precoces arrugas, las rebeldes canas, el próximo derrumbamiento, hubiera muerto de espanto por lo futuro, de no contemplar á Rosa como una espléndida promesa, como una ligadura inquebrantable de su infamia, como una letra que en breve plazo podría girar su estómago hambriento contra un mundo insaciable.

Por eso llevaba á su hija al café, iniciándola en los misterios cínicos de la deshonra; por eso conversaba con unos y con otros delante de ella sin reparar en la frase ni en las crudezas del estilo;

por eso, cuando la niña despertaba, abriendo sus ojos de gacela cautiva, oía la irónicas pullas, los raros deseos de cien temperamentos gastados, sin comprenderlos aún, pero recogiénolos con intención curiosa.

Paca no se ofendía, no trataba de rehuir el diálogo, y su única réplica á las ofertas y á los ruegos de sus parroquianos era estas palabras:

—Es pronto, es pronto; dejemos pasar un poco de tiempo.

Y mientras pasaba el tiempo, aquella madre por accidente, aquella mujer sin entrañas, salía del café, seguida de su hija, cada noche con un hombre distinto, y llegaba con el hombre á su casa y se encerraba con él, despidiendo á Rosa, que, estremecida vagamente por esta múltiple é igual mudanza, corría á refugiarse en su pobre camita de hierro, donde se revolvía inquieta, impulsada por vagos temores, por confusos deseos, esperando algo nuevo que viniera á interponerse en su camino de ignorancias y asombros; y ese *algo* lo esperaba tranquila, dispuesta á aceptarlo sin protestas, sin vacilaciones, no como un placer, pero sí como una esperanza ó como un recurso.

La hija y la madre eran, á no dudarlo, vic-

tima y verdugo; en el café Z..... se perpetraba todas las noches un crimen enorme, revestido de circunstancias agravantes, de premeditación, de ensañamiento, de alevosía: el asesinato de un alma. El espectáculo que allí se ofrecía era más espantoso, más horrible que el que pudieran ofrecer, aplicados á un tiempo sobre un cuerpo desnudo, todos los instrumentos de tortura á que dió forma la maldad humana: delante de aquella mesa de marmol, en los divanes de terciopelo rojo, al resplandor brillante de cien mecheros de gas, en presencia de un público numeroso y culto, se ejecutaba un suplicio más doloroso que el de la rueda, que el del potro, que el del borceguí, que el del hierro candente. ¡Ah! los inquisidores de nuestra santa religión resultan compasivos frente al suplicio bárbaro que yo he visto sufrir durante un año, en plena civilización, á una criatura inocente! ¡Sí, yo he visto y he oído algo más brutal que cuanto pudieran referir en épocas remotas las paredes negruzcas que limitaban la sala de tormentos; algo que no era la fractura de un hueso, ni la distensión de un músculo, ni el chirrido espantoso de la carne abrasada, ni el ¡ay! suplicante del moribundo; algo que no era eso, pero que era peor que todo eso; yo he visto á una

mujer apoderarse de un alma, constreñirla, retorcer sus fibras una á una, disecarlas fríamente para extirpar de ellas todo sentimiento puro, verter en su interior el virus maldito del ejemplo, y repetir esta operación un día y otro, sin temblar, sin conmoverse, sin titubeos de piedad ni asomos de remordimiento; yo he oído á esa misma mujer pedir tregua á los que se disputaban el fruto espléndido de sus infamias, pedirles tregua, porque no estaba segura de la consistencia de su obra. ¡Y la víctima era una niña de catorce años! ¡y el verdugo una madre! ¿Puede haber nada más horrible?

Sin embargo, nadie se preocupaba del hecho; la moral, representada en aquel sitio por señores de pelo cano, levita negra y cadena de oro, más que á otra cosa, parecía dispuesta á aprovecharse del crimen; la juventud reía locamente, sin dársele un ardite del atentado que á sus ojos se cometía; la justicia pasaba por delante de él ocultando los distintivos de su cargo en la manga derecha del gabán; éste reía con la madre, aquél bromeaba con la hija, cual otro seguía distraído el compás de la música.... ninguno protestaba; al contrario, todos parecían aguardar ansiosos el momento de arrojarse sobre la presa; en todos los

ojos se leía esta pregunta: «¿Cuándo?», y todos esperaban con impaciencia el instante en que Paca, satisfecha de su trabajo, segura de su triunfo, cogiera á Rosa por el brazo, y presentándola con alegre sonrisa al montón inquieto de viciosos insaciables y adinerados, les dijese: «Ahí la tenéis; es vuestra. Tomadla.»



tan sólo para tráficos livianos, rodando siempre sin saber á dónde é ignorando por qué; y si algún día despertaba, ¡qué tremenda angustia, qué horrible tormento, qué triste despertar el de aquella deshonra irresponsable!

Mucho tiempo ha transcurrido desde entonces. Envueltos en el torbellino incesante de la humana borrasca, todos los jóvenes que solíamos frecuentar el café Z..... estamos separados; unos, arrastrados por la corriente, se debaten con bascas dolorosas en inmensas é inaccesibles profundidades; otros luchan cuerpo á cuerpo con el destino para ganar un puerto de refugio; otros, más venturosos ó menos infelices, cayeron en los surcos de la tumba como las hojas marchitas caen desde los árboles á los surcos abiertos en la tierra por el arado. Nada de lo que fué existe; cada uno lucha para sí. Los compañeros, los amigos de antes, los demás..... ¿Quién se acuerda de los demás?

Sin embargo, yo conservo de aquellos tiempos un recuerdo que me ha sido imposible arrancar de la memoria: la imagen de aquella niña que dormitaba en los divanes del café Z..... recostando su pálida cabecita sobre sus hombros raquíticos. Durante mis horas de soledad y de amargura acude á mi cerebro la imagen de Rosa, y al contemplarla me pregunto:

—¿Qué será de ella?

No lo sé; no quiero saberlo tampoco; pero

cuando, atravesando la calle, veo cruzar por delante de mí á esas desventuradas vendedoras de liviandades que me sonríen con gesto cínico; pienso si alguna de ellas no será Rosa, y me dan intenciones de gritarle en voz alta:

—No bajas la frente; no imploras gracia cuando los hombres te insulten; no supliques á las amenazas de la justicia; no temas el desprecio de las gentes ni l.s execraciones del mundo; míralos cara á cara y diles: «Yo no tengo la culpa. Vosotros me hicisteis caer. Una vez caída, rodé sin tregua; hoy vendo mi cuerpo al primero que lo compra, é insulto con mi presencia la honradez ajena. Todo lo bueno que en mí existía he llegado á perderlo por vosotros. ¿De qué me hacéis responsable ahora?»

Mas ¡ay! que mi consejo fuera inútil, tanto como lo serían las reclamaciones de aquella mujer. El mundo, juez y parte siempre que de sus crímenes se trata, sabe disculparlos. Al que protesta le responde:

¡Væ victis!

Es cierto: ¡Ay del vencido!

¡Ay de la pobre Rosa, que tal vez se retuerce,

pesando las horribles consecuencias de esa máxima brutal, en el lecho revuelto de una mancebía!

